la hija del siglo tenia en su alma el gérmen de todas las pasiones violentas: nacida del amor, su sangre no era pura; no se asemejaba á su madre; el baron de Valderobles habia dejado en su camino aquel sér infeliz que debia ser víctima del abandono paternal, del desamparo y á la vez del esplendor con que tanto habia soñado.

FIN DEL PRÓLOGO.

PARTE PRIMERA.

LA FAMILIA LABBE.

Vasos de barro son los humildes,
que entre las llamas
del infortunio, cobran valor:
mas los soberbios, puestos en ellas,
son copas de oro
que se derriten con el dolor.

Felipe Jacinto Sala.

I.

Como las seis de una bella mañana de Abril serian cuando se abrió el balcon de un tercer piso de la calle de Ponciano, una de las más solitarias de Madrid, y asomó el busto encantador una mujer jóven aún, graciosa y elegante.

Un pintor que iba á admirar la naturaleza al campo, que se hallaba muy cerca de la citada calle, la vió al pasar y se detuvo para contemplarla un instante; ferviente adorador de la belleza, como verdadero artista, le sedujo aquella repentina y graciosa aparicion, y quedó inmóvil en la acera que daba frente al balcon.

No pasaba nadie por aquella calle; la hora intempestiva, la mañana bastante fria y el barrio solitario, alejaban todo traseunte.

La aparicion se inclinó y contempló algunas macetas llenas de flores y verdor; sacudió su bella cabeza rubia, como si la abrumasen las nieblas del sueño, y luego, con las palmas de sus blancas y graciosas manos, echó hácia atrás sus cabellos, que en apretadas y ricas masas guarnecian su rostro dulce é inteligente.

Cuando hubo mirado á ambos lados de la calle, miró al frente, y vió al artista, que la contemplaba con muda y sostenida admiracion; una nube rosada cubrió sus mejillas; inclinó modestamente los ojos para huir de la mirada que la perseguia, y luego volvió la espalda y desapareció entre las cortinas de muselina del balcon.

El artista siguió su paseo, preocupado con aquel incidente.

Dos horas despues, y sentado en una de las mesas del café Suizo, almorzaba con uno de sus amigos, y ambos sostenian la conversacion siguiente:

—No puedo explicarte aún cómo son sus facciones, ni tampoco su edad,—decia el pintor.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te gusta en esa mujer?—preguntó admirado el amigo.

—Todo; hay en ella una gracia sublime, más indefinible cuanto es más grande y más misteriosa; no consiste su belleza en la perfeccion de

sus detalles, sino en la perfecta armonía del conjunto; no deslumbra, sino que atrae, seduce y fija con una fuerza invencible; he visto ojos más hermosos que sus grandes ojos garzos, pero no más inteligentes y más dulces; casi ninguna de sus facciones es bella; pero en ninguna se desea mayor perfeccion; su cabeza es la de una musa; su estatura la de una ninfa; no me preguntes más, porque nada más te podria decir.

—Pero, hombre,—exclamó el amigo;—dime, al menos, su edad.

—Es jóven.

—¿Cuántos años aparenta?

—¿Qué sé yo? de veinticuatro á treinta.

—¿Y presumes si es casada ó soltera?

—A su edad, no puede ser que no haya hallado muchos hombres que hayan anhelado llamarla suya, y es probable que haya elegido uno; pero no obstante, hay tanta castidad en sus movimientos y maneras, que no me parece se halle sujeta por el lazo del matrimonio.

—Vamos,—dijo el amigo del pintor:—presumo que este amor, ni ha de ser durable, ni mientras dure, ha de hacerte mucho daño.

El artista meció la cabeza y sonrió con expresion de melancolía.

Su amigo, al ver aquella sonrisa, le miró como asombrado; fué á hablar pero se contuvo, acaso temiendo decir algo desagradable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LE
BIBLIOTECA UNIVERSITA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, ME

Sin embargo, quedó tan pensativo como el artista; nunca le habia visto sonreir de aquella manera; nunca habia visto aquella expresion en su mirada, que reflejaba una emocion profunda.

Era el pintor un hombre jóven aún, pues no pasaba de los treinta y cuatro años, y más jóven aún de corazon que de edad; creia en todo: en la amistad, en el amor, en la virtud; consagrándose á su arte, habia huido de todas las decepciones; su madre y sus pinceles era lo que más amaba en la tierra, aunque lo amaba todo, y para todo lo que existe tenia una natural y generosa benevolencia.

No hay nada que conserve la inocencia del alma como la felicidad; de los desdichados salen los descreidos y los ateos; la ironía es la consecuencia del sufrimiento; la indulgencia es el reflejo de la dicha.

Verdad es que hay imaginaciones apagadas que nada sueñan, que nada desean y que sumergen al indivíduo que las posee en una especie de limbo, donde hay constante y plácida tranquilidad; pero Andrés (este era el nombre del pintor) tenia una imaginacion de artista llena de flores, de armonías y de perfumes.

¿Cuál era el motivo de haber llegado á la edad que tenia sin haber conocido ninguna de esas pasiones desoladoras, azote de la juventud?

Una muy sencilla y muy bella.

La de haber tenido una madre hermosa, buena é inteligente; una madre, que era á la vez su hermana y su amiga; una madre que le entendia, que le adivinaba, que estaba siempre á su nivel, y que, con la cual, podia conversar, pensar y sentir.

No hay egida en la vida como una buena madre; no hay nada que preserve de todos los peligros morales, que preste tanto valor para sobrellevar las penas de la vida, que embellezca tanto la existencia de un hijo.

La madre leia en el alma de Andrés como en un hermoso libro abierto ante sus ojos; para el hijo habia en el alma de la madre páginas cerradas, que nunca se habia atrevido él á hojear.

Una, sobre todo, permanecia sellada y oscura, como esas tumbas cubiertas ya de maleza y de yerbas parásitas, que vemos con terror en los rincones de los cementerios.

Tenia Andrés unos diez años cuando un dia preguntó:

—Mamá, ¿dónde está mi papá?

La madre palideció hasta la lividez: el niño no lo advirtió y siguió diciendo:

—Papá no viene nunca aquí, ni vive con nosotros: ¿por qué? ¡Todos los niños tienen papás que les besan y les llevan á paseo, y les acarician y les compran juguetes!

—Yo te compraré á tí todo lo que quieras,

hijo mio,—dijo la madre,—que ya se habia serenado.

—¡Sí, pero tú no eres papá!

—Soy tu madre; es decir, la persona que más te quiere en el mundo.

—Pero yo quiero á mi papá.

—¡Tu padre... está léjos, muy léjos!—dijo la pobre madre haciendo un esfuerzo supremo.

—Pero, ¿cuándo vendrá?

—¡No lo sé!

—¿Será pronto?

—¡Tal vez sí!

Andrés se puso á bailar y á batir las palmas de sus pequeñas manos en señal de alegría.

Al dia siguiente, al despertarse, su primera palabra fué para decir:

—¿Ha venido papá?

—No,—le respondió sombriamente su madre.

Durante muchos meses, repitió cada mañana esa misma pregunta.

De repente dejó de hacerla con tanta frecuencia, y solo alguna vez decia, como hablando consigo mismo:

—¿Se habrá muerto mi padre?

Al oir estas palabras la madre se estremecia violentamente; pero no respondia nada.

Acababa de cumplir Andrés diez y ocho años y le habian premiado su primer cuadro en la Academia de Nobles Artes de San Fernando,

cuando una noche que leia en voz alta á su madre, se oyó llamar á la puerta de la habitacion.

Eran ya las once; la anciana criada que los servia se habia acostado, y fué el mismo Andrés el que salió á abrir.

Un hombre como de cuarenta y seis años, alto, de aspecto grave y altanero, entró sin saludarle apenas.

—¿Qué es lo que usted quiere, caballero, y á quién busca?—preguntó Andrés colocándose delante del visitante, que pasaba como si no lo hubiera visto.

—Busco á la señora de Montalvo,—contestó con altivez el desconocido.

—Mi madre no recibe á estas horas,—repuso friamente Andrés, sin moverse de su sitio.

—¡Su madre de usted!—repitió el desconocido como asombrado y mirando al jóven.

—La señora doña Isabel de Montalvo es mi madre.

—Amigo mio,—dijo el nocturno visitante,—yo le ruego á usted que me alcance el que su madre me reciba, y perdone el que me haya demostrado algo descortés.

—Más que algo,—respondió el jóven;—y le repito, caballero, que mi madre no recibe á estas horas: vuelva usted mañana.

En aquel instante apareció en la puerta que

guardaba Andrés la bella y melancólica figura de la madre.

—Que pase ese caballero,—dijo;—es igual que le reciba hoy ó mañana.

Y despues de hacer una señal digna y severa, volvió á entrar en su cuarto, siguiéndola Andrés y el que solicitaba verla.

Ante aquella mujer, siempre tan dulce y tan indulgente, el desconocido habia perdido toda su audacia, con gran asombro de Andrés; una conmocion extraordinaria le agitaba; temblaban sus labios; su mirada incierta, no sabia dónde fijarse, y apenas podia alzarse del suelo; ora miraba con temor á Isabel, ora á su hijo, que observaba atónito lo que allí sucedia; todo era indescifrable para él, y sin embargo, todo asombraba su razon y sumergia su corazon en una angustia indefinible.

La emocion de su madre no era menor: una intensa palidez vestia sus facciones; de sus ojos brotaba una mal sostenida llama, que sacaba el manantial de las lágrimas, pronto en ella y fácil, como en todas aquellas personas de grande y exquisita sensibilidad; veíase en su frente una resolucion firme y austera; se conocia que en aquella alma se habian abierto llagas mal cerradas, y que un dolor sordo y profundo batallaba con algun sentimiento sombrío, avaro de venganza y ódio.

Andrés no reconocia á su madre; la miraba absorto, y temblaba sin saber por qué.

—Hable usted, caballero,—dijo al fin la señora de Montalvo;—hable usted y dígame lo que áun desea de mí, y qué clase de daño es el que todavía puede hacerme.

—¡Señora!—exclamó aquel hombre con acento convulsivo y doloroso.

—Nada de exclamaciones ni protextas, caballero,—repuso la madre de Andrés;—hablemos lo menos posible, y solo lo más necesario; ¿qué desea usted de mí?

—¿Cómo, señora, he de hablar delante de *él?*

—¿Y por qué no? ¡Mi hijo es ya un hombre!

El desconocido reflexionó algunos instantes, y luego, sacudiendo su enérgica cabeza con una decision en extremo dolorosa, exclamó:

—Nada diré en presencia suya.

—Veo que aún tendré que sucumbir una vez más á las exigencias del carácter de usted,—dijo Isabel con tristeza;—pero cedo, porque es la última.

Y volviéndose á Andrés, prosiguió:

—Vete, hijo mio; te lo ruego yo.

El jóven se levantó y salió de la estancia mirando de reojo á aquel hombre, que al parecer tanto hacia sufrir á su madre.

Cuando hubieron quedado solos, la señora de Montalvo se cruzó de brazos, y mirando cara á cara al desconocido, dijo con voz sorda:

—¡Acabemos! ¿Qué quiere usted?

—¡Quiero á mi hijo!—respondió él uniendo las manos y mirando suplicante á Isabel.

Esta dió un paso atrás.

El espanto se dibujó en todas sus facciones, y sus ojos se dilataron con un asombro doloroso; pero dominando de nuevo aquella terrible emocion, contestó con frialdad:

—Ignoro dónde tiene usted á ese hijo de quien habla: yo no le conozco.

—¡Quiero á Andres!—repitió el desconocido.

—Andrés no tiene padre.

—¡Es mi hijo!

—¡Basta, caballero!—exclamó colérica Isabel; —ni él ni yo le reconocemos á usted por tal.

—¡Y qué, señora!—exclamó con amargura aquel hombre:—¿habrá usted tenido la crueldad de denigrarme hasta á los ojos de mi hijo?

—Jamás le he hablado de usted.

—¿No ha preguntado jamás por mí?

—¡Muchas veces!

—¿Y le habrá usted dicho, sin duda, que he muerto?

—No, caballero; no ignora usted que yo no sé mentir.

—Pues ¿qué le ha dicho usted?

—Que no sabia dónde se hallada, ni cuándo vendria.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¡Oh Isabel!—exclamó aquel hombre:—¡qué cruel castigo, despues de haber sufrido tanto! No hay amargura por la cual no haya yo pasado; no hay decepcion que no haya apurado; y en todos mis pesares, en todos mis dolores, en el destierro, en la persecucion, un rayo de luz me iluminaba, una esperanza me sonreia... ¡mi hijo! y ahora que llego á tocar la dicha, ahora que la sombra se convierte en realidad, ¡he de renunciar á ella! ¡Oh! ¡Jamás! ¡Jamás!

El silencio siguió á estas palabras.

—Andrés es mio,—dijo la señora de Montalvo, que fué la primera que habló:—no espere usted que se lo ceda; no le espere usted ni por un instante; por otra parte, aunque yo quisiera renunciar á él, seria inútil mi sacrificio.

—¿Por qué, señora?

—Porque él no querria renunciar á mí.

—¿Quién sabe?

—¡Yo lo sé!—exclamó Isabel con un orgullo doloroso;—yo séque mi hijo no se separará de mi lado, por muy brillante suerte que se le ofrezca.

—Y yo sé, señora,—dijo el desconocido,—que la ambicion seduce mucho á la edad de Andrés, y que acaso no dejaria el porvenir que abriria ante sus ojos.

—Probemos, pues,—dijo la madre en tono de pesafío.

—Probemos.

—¡Andrés!—llamó Isabel con las mejillas encarnadas y los ojos brillantes.

El jóven apareció á la puerta del aposento inmediato, y miró á su madre con ansiedad.

—Ven,—dijo aquella:—siéntate aquí, y escucha.

El jóven se sentó, imitándole su madre.

—Oye, hijo mio,—prosiguió Isabel:—hace diez y nueve años habia en París una familia española cuya fortuna radicaba en América, por ser oriunda de allí la madre; de repente se vió arruinada, y el padre, la madre y dos hijas que tenian, condenadas á la miseria.

La mayor de las dos jóvenes iba ya á casarse con un jóven español, que residia tambien en París, y que llevaba el título de baron de Valderobles, cuando la desgracia cayó en aquella casa; al parecer, la catástrofe que les habia agobiado, no cambió en nada ni el corazon de aquel, ni su manera de pensar; siguió visitando á la familia con la misma asiduidad que antes y mostrándose más apasionado que lo habia estado nunca.

Al amor que la jóven le tenia, pudo añadirse en breve la más profunda, la más intensa gratitud; el prometido de la hermana menor se habia retirado al ver que la pobreza llamaba á las puertas de la casa; la conducta del baron hacia con aquella tan grande y brillante contraste, que

la inocente jóven juró que le consagraria hasta el último latido de su corazon, para recompensarle el que no la hubiera desdeñado á causa de la pérdida de su fortuna.

La pobre niña, abandonada por su novio, tomó una noble y generosa resolucion: haciéndose superior á su inmensa pena, participó á sus padres que ella queria trabajar para ayudarles en la penosa y escasísima situacion á que habian llegado, y aprovechando sus conocimientos en la pintura, halló un modesto sitio en un taller de iluminacion de cajas de dulces y abanicos.

Su hermana se iba á casar, y nada decidió, esperando el dia feliz de su union con el baron de Valderobles.

Un dia el baron la rogó con insistencia que fuese al campo con él; entre los dos hallaron el medio de combinarlo, ayudados por su hermana, que era tan feliz como podria serlo despues de su decepcion, al verlos dichosos, y se fueron á Passy; el dia siguiente fué radiante, alegre, el más bello, en fin, de todos los de la vida de aquella pobre jóven: al anochecer volvió á la casa paterna, y su prometido se despidió de ella tiernamente, diciéndole:

—¡Hasta luego!

Ella le esperó, porque hacia un año que pasaba á su lado todas las veladas; pero aquella noche no fué; al dia siguiente le esperó tambien en vano.

Le esperó inútilmente dos más; al cuarto dia su padre, dolido de su pena, fué á casa del baron.

La casa habia sido alquilada por otro inquilino: el baron habia salido para Madrid con un ayuda de cámara, vendiendo ántes todo su mobiliario, comprado para la casa nupcial.

Cuando la jóven oyó esta noticia, quedó herida de tal estupor, que no pudo pronunciar una sola palabra: no gritó.

No lloró, y con los ojos y los lábios trémulos, parecia escuchar los ecos de una voz lejana.

Cuando hubo salido de aquel estado, pareció que su pecho se deshacia en roncos sollozos; pero ni una sola lágrima vino á humedecer sus mejillas.

Solo de cuando en cuando salian de sus cárdenos lábios estas palabras:

—¡Infame! ¡Villano! ¡Caiga sobre tu cabeza todo el peso de la divina justicia!

Un mes despues, los negros y profusos rizos de aquella jóven de diez y nueve años se hallaban matizados de muchas hebras de plata.

Silenciosa, sombría y entregada á una pena devoradora, pasó la desdichada jóven tres meses, ó más bien, tres siglos de angustia y de dolor; el hombre que la habia seducido para despues abandonarla tan inícuamente, se embarcó para la India, sin escribirle, sin darle el último adios.

Un dia la desgraciada se arrojó á los piés de su madre y le dijo que lo era tambien. En vez de reproches y de quejas, halló consuelos; sus padres y su hermana le exigieron, no solo que viviese, sino que se consolase y que esperase en Dios.

Un niño vino á ser un rayo de alegría para aquella casa. Los nobles padres dijeron á la jóven:

—Criarás á tu hijo; lo deshonroso, lo infame, seria abandonarlo por la sola culpa de haber nacido.

Aquel niño eres tú, Andrés, y este caballero es tu padre, el baron de Valderobles.

Calló Isabel conmovida con los recuerdos que evocaba, y acaso tambien para dar lugar á que la importancia de su revelacion hiciera efecto en el alma de su hijo.

Este permanecia silencioso y pálido; cuando su madre hubo acabado de hablar tomó su mano y la besó con tierno respeto.

El baron ocultó el rostro entre sus manos.

—Doce años contabas, hijo mio,—prosiguió Isabel,—cuando tu padre vino un dia á la casa que yo ocupaba con mis padres en París; mi hermana se habia ya casado; yo habia rehusado hacerlo, aunque habia hallado en mi camino algun hombre honrado que habia querido darme su mano y su nombre. Mis padres te adoraban, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

todos vivíamos con aquella calma dulce y profunda que solo se halla en la serenidad de la conciencia.

El señor baron de Valderobles cayó, pues, en medio de nosotros como el génio del mal; á su vista, sentí el espanto que inspira la presencia de un tigre; se habia enriquecido en la India, y venia á buscarte para llevarte consigo.

Tú no le viste; te hallabas fuera de casa, y ni tus abuelos, ni yo, consentimos en que te fueran á buscar; á su proteccion nos negamos decidida y rotundamente, declarándole que jamás te cederíamos á él.

Eras nuestro, y habíamos comprado tu posesion á costa de muchas lágrimas, para pensar en cederte.

Hoy, hijo mio, viene el baron á buscarte de nuevo; te ofrece la riqueza, el fausto, una posicion social envidiable y envidiada: ¿quieres irte con él? Ahora ya eres hombre, y no un niño; haz tu voluntad; yo soy muy pobre, muy pobre, y ya sabes que solo á costa de grandes sacrificios he podido sufragar los gastos de tus estudios... Hijo mio, elige.

—Mi eleccion está hecha,—dijo Andrés tomando de nuevo la mano de su madre;—soy tuyo, madre mia. Tú has cuidado de mi infancia y de mi adolescencia, tú me has amado, tú me has guardado al lado tuyo cuando yo era para tí un

título de deshonor; por mí, has renunciado al amor y al matrimonio; soy tuyo, pues, y solo tuyo.

Y Andrés echó ambos brazos al cuello de su madre.

El baron salió de aquella casa para no volver más á ella; la Providencia no quiso concederle segunda vez el título de padre, á él, que durante su juventud disipada se habia reido de él, y llegó á la ancianidad solo, moral y materialmente.

Algunas veces iba á los sitios por donde sabia que debia pasar su hijo para verle: si este le veia, se quitaba el sombrero y le hacia un respetuoso saludo.

Envió dinero á Andrés, pero este lo renusó volviéndoselo intacto.

El jóven se dedicó á pagar á su madre la inmensa deuda de gratitud que con ella tenia: llevaba el apellido de aquella, apellido que logró hacer ilustre á fuerza de trabajo, de desvelos y de constancia en el estudio.

El producto de sus obras les daba para vivir con alguna holgura, y los cuadros de Andrés Montalvo eran buscados y adquiridos como obras de gran mérito.

Sin otros amores, pues, que el que profesaba á su madre y el que tenia á su arte, llegó el pintor á los treinta y cuatro años de su edad.

La vision de aquella mañana de Abril, despertó en su pecho el primer amor, y encendió la llama que en naturaleza como la suya tarde ó nunca se apaga, sino que se convierte en voraz y abrasador incendio.

II.

La graciosa criatura que, como el hada de las flores, se habia asomado un instante al balcon, entró aún en el aposento donde aquel se abria con las mejillas cubiertas de carmin, despues de haber visto la ardiente mirada que le dirigiera el artista.

Tenia unos veintiocho años, pero en toda su figura resplandecia la gracia extrema de la pura y eterna juventud del alma.

Lo más notable era que á la expresion risueña y casta de su belleza, se unia esa otra sublime que solo pertenece á la maternidad.

La natural inflexion de su mirada hácia el cielo; la pura y tranquila serenidad de su frente, la dulce gravedad de su sonrisa, respondian de que ocupaba en la tierra aquel elevado destino y de que era digno de ocuparlo.

Una lujosa madeja de cabellos castaños claros se enroscaba detrás de su cabeza, y caia sobre su frente como una cascada de seda; sus ojos garzos tenian, á cierta luz, un tinte azu-

lado; era alta y formada con exquisita perfeccion.

Cuando se halló en el aposento, fué á sentarse al lado de la puerta, y tendió en derredor suyo una mirada muy triste.

Todo allí indicaba esa modesta medianía que responde de un bienestar relativo.

El mueblaje era sencillo, pero decente y de buen gusto; la tapicería de los muebles era de lana, pero de un bello color azul; una consola de piedra y palo santo sostenia un espejo grande de artística forma, cuyo marco estaba formado por una guirnalda de hojas y flores.

Un reloj de bronce oscuro, y unos candelabros iguales, lucian delante del espejo su bello dibujo y su graciosa forma; el reloj representaba á Petrarca escribiendo sus versos á Laura; los candelabros, al Dante adolescente, al Tasso anciano y loco.

Una imágen de la Vírgen, y cuatro hermosos paisajes, adornaban las paredes; y en medio de la habitacion un velador cubierto con un tapete, sostenia una copa de la más pura y graciosa forma griega.

Sobre el piano se veian otras dos copas llenas de lilas y de rosas.

Habia en aquella estancia algo de virginal y de cándido, mezclado con una poesía natural y encantadora; las cortinas que caian delante de los balcones, eran blancas y lisas.